

Los pioneros de la Democracia cristiana en Francia y en Alemania entre el liberalismo y el socialismo radicales del siglo XIX

Pioneers of Christian Democracy in France and Germany.
Between Radical Liberalism and Socialism
of the 19th Century

Pasquale Sofia
Universidad Rafael Bellosó Chacín
Maracaibo-Venezuela

Resumen

Ante el panorama político doctrinario del siglo XIX caracterizado por dos filosofías opuestas y predominantes, como eran el liberalismo y el socialismo, en el presente artículo se sistematiza, por medio de una reconstrucción histórica y filosófica, la evolución del movimiento político de la Democracia Cristiana en Europa, en particular en Francia y Alemania, a través de las obras y acciones políticas de sus pioneros. Esta corriente ideológica se presenta como una “vía intermedia o alternativa” para un proyecto político fundado sobre una visión cristiana de la vida y del hombre, equidistante de las posiciones del liberalismo y del socialismo radicales.

Palabras clave: Liberalismo, socialismo, doctrina social de la iglesia, democracia cristiana, tercera vía.

Abstract

Considering the doctrinaire political panorama of the 19th century, characterized by two opposite and predominant philosophies, liberalism and socialism, this article systematizes the evolution of the Christian Democracy

political movement in Europe, especially in France and Germany, through the writings and political actions of its pioneers, using a historical and philosophical reconstruction. This ideological current appears as an “intermediate or alternative route” for a political project founded on a Christian vision of life and man, equidistant from the radical positions of liberalism and socialism.

Key words: Liberalism, socialism, social doctrine of the church, Christian democracy, third route.

Introducción

Muchos de los acontecimientos sociales y políticos del siglo XX se entrecruzan con la historia del movimiento político llamado Democracia Cristiana y con su amplio y antiguo patrimonio de ideas, cuyas raíces se hallan en el mensaje evangélico y en la filosofía cristiana. El proyecto político democratacristiano desde su comienzo se ha desarrollado como una “tercera vía” política, es decir, una posición intermedia entre una visión ideológica liberal y una socialista, las principales corrientes de pensamiento que hegemonzaban el Ochocientos europeo.

El manifiesto ideal de los democratacristianos es la Biblia, como creación humana revelada por Dios. La Democracia Cristiana desde su constitución doctrinaria, no ha expresado una ideología en el sentido estrecho del término, como sí lo ha hecho el comunismo o el fascismo. Es decir, más que un conjunto de ideas sistematizadas y rígidas, los democratacristianos han preferido hablar de responsabilidad hacia el prójimo, del crecimiento material y espiritual del ser humano, educado en los valores del equilibrio, del pluralismo, del respeto para los símiles, en la promoción de la democracia, en la defensa de la justicia y en el desarrollo del bien común. Han acrecentado un proyecto político fundado sobre una visión cristiana de la vida y del hombre, colocando el amor fraternal como base de la acción humana, así como declaraba San Agustín: “*Ama et fac quod vis*”: quien ama no puede producir el mal.

En el presente trabajo se persigue investigar el origen de este movimiento político en Francia y Alemania así como su desarrollo, por medio de los escritos y la acción política de sus primeros pensadores.

Democracia cristiana: historia de un nombre

Comúnmente se piensa que la expresión “democracia cristiana” ha sido usada por primera vez en Francia durante la revolución, cuando, en 1791 el obispo de Lion, Lamourette, interviniendo en los trabajos de la Asamblea Constituyente, habló de los “luminosos principios de la democracia cristiana”¹, también si la expresión en aquel momento nada tenía que ver con el sentido que tendrá en el futuro. En aquel momento la querrela era dirigida a la contraposición entre una Iglesia que hoy en día definiríamos de base, popular y democrática, en disenso con la Iglesia jerárquica y aristocrática, defensora de los privilegios y del status quo.

Más adelante, en 1848, época de fermentos revolucionarios en toda Europa, la encontramos de nuevo en la boca de los intelectuales reunidos en torno al periódico *Ére nouvelle*, donde “democracia cristiana” asume un significado político que tiende a expresar la conciliación entre cristianismo y democracia y a subrayar la importancia del mensaje evangélico para construir una sociedad fundada sobre valores de participación democrática y de igualdad entre los seres humanos. Y es propiamente otro hombre de Iglesia, el prior Maret, redactor de *Ére nouvelle* quien en 1848 escribe: “La democracia cristiana es el futuro”². Es decir, una democracia concebida según los valores contenidos en el cristianismo, armonizadores de la sociedad, los cuales se constituirían en la linfa vital de la política democrática futura.

Para reencontrar esta expresión debemos llegar al período siguiente a la emanación de la encíclica *Rerum novarum* (1891) del papa León XIII, la cual dio impulso a movimientos de conciencias e inteligencias que se orientaron a la realización de un nuevo orden moral y social a nivel universal, donde la causa social recibe una respuesta oficial por parte de la Iglesia católica. De la misma manera, con la encíclica *Graves de Communi* (1901), el pontífice argumenta positivamente sobre la expresión “democracia cristiana”, otorgándole una valencia más social que política en el sentido estrecho.

1 MAIER H., *Revolution and Church*, Notre Dame, 1969, p. 88.

2 LETAMENDIA P., *La démocratie chrétienne*, Que sais-je?, Vendôme, 1977, p. 10.

“En algunas partes los que se dedican a esta obra son llamados cristianos sociales, en otras se llama democracia cristiana a la acción y demócratas cristianos a los que le prestan su concurso, en contraposición a la democracia social que persiguen los socialistas. De estas dos últimas denominaciones, si no la primera sociales cristianos, ciertamente la segunda democracia cristiana para muchos es ofensiva por suponer que encierra algo ambiguo y peligroso: temiendo, al efecto, que por este nombre bajo encubierto interés se fomente el régimen popular o se prefiera la democracia a las demás formas políticas, que se restrinja la religión cristiana reduciendo sus miras a la utilidad de la plebe, sin atender en nada el bien de las demás clases, y por último, que bajo ese especioso nombre, se encubra el propósito de sustraerse a todo gobierno legítimo ya civil, ya sagrado”.³

“No hay duda alguna sobre lo que pretende la democracia social y a lo que debe aspirar la democracia cristiana. Porque la primera en muchos llega a tal grado la malicia, que admite fuera de lo natural, busca exclusivamente los bienes corpóreos externos, poniendo la felicidad humana en su adquisición y goce. De aquí el deseo de que la autoridad resida en pueblo, para que, suprimidas las clases sociales y nivelados los ciudadanos, se establezca la igualdad de bienes; como consecuencia se aboliría el derecho de propiedad y la fortuna de los particulares así como los medios de vida pasarían a ser comunes. Por el contrario la democracia cristiana, por el hecho mismo de recibir ese nombre, debe estar fundamentada en los principios de la fe divina, atendiendo de tal suerte al interés de las masas que procure perfeccionar saludablemente los ánimos, destinados a bienes sempiternos. Nada pues para ella tan santo como justicia que manda que se conserve íntegro el derecho de propiedad, defiende la diversidad de clases, propia de toda sociedad bien constituida y quiere que su forma su forma sea la que el mismo Dios su autor ha establecido.

De donde claramente se infiere que nada hay de común entre la democracia social y la cristiana y que entre sí difieren como se diferencia la secta del socialismo y la profesión de la religión cristiana”.⁴

3 LEÓN XIII, (1901), Carta Encíclica *Graves de Communi*, 4.

4 LEÓN XIII, (1901), Carta Encíclica *Graves de Communi*, 5.

“No sea empero lícito referir a la política el nombre de democracia cristiana; pues aunque democracia, según su significación y uso de los filósofos, denota régimen popular, sin embargo en la presente materia debe entenderse de modo que, dejado de todo concepto político, únicamente signifique la misma acción benéfica cristiana en favor del pueblo”.⁵

En la línea del entusiasmo trazada por León XIII, en la ciudad de Milán en 1894, fue elaborado por parte de un grupo católico y redactado por el profesor Giuseppe Toniolo, el “Programa político de los católicos”, en el cual se reivindicaba la representación proporcional, la descentralización administrativa, la autonomía parroquial y regional, la fijación del máximo de horario de trabajo y del mínimo salarial, la tutela de la pequeña y colectiva propiedad, la coparticipación a los útiles de las empresas, la creación de bancos populares para sustentar el microcrédito, la institución de los bienes de familia indivisibles e insecuestrables, la reforma tributaria, la libertad de enseñanza, la conciliación entre Iglesia y Estado, entre otros. Pocos años después, propio estas instancias se encontraran acogidas en el programa del movimiento político de Romolo Murri el cual se llamará “Democracia cristiana” (1897)⁶.

En Alemania la equivalente idea de inspiración cristiana de la política permitió el surgimiento en 1871 del *Deutsche Zentrumspartei* o *Zentrum* (*Partido de Centro*), que se caracterizó por su lucha al *Kulturkampf* producido por el canciller Otto von Bismarck contra la Iglesia católica, y para ser uno de los principales partidos políticos durante la República de Weimar (1919-1933). Disuelto por los nazistas, después de la Segunda guerra mundial, de sus cenizas surgió en 1945 la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (*Christlich-Demokratische Union Deutschlands*, abreviado CDU) fundado entre otros, por el primer presidente, el estadista Konrad Adenauer.

La misma idea circuló por Francia, Bélgica, Holanda y Austria y en todo el territorio europeo incluso en los países del este de Europa, donde más que la identificación con el nombre, se puso la doctrina social de la Iglesia como elemento fundamental de inspiración y de agregación.

5 LEÓN XIII, (1901). Carta Encíclica *Graves de Communi*, 6.

6 Sin embargo, las ideas de Murri para constituir un movimiento demócrata cristiano no tuvieron acogida por parte de la jerarquía eclesiástica en aquel determinado momento histórico, bastante complicado para la Iglesia romana a causa de la fuerte polarización ideológica.

En los orígenes del movimiento en Francia y Alemania

1. El movimiento demócrata cristiano, así como lo hemos conocido en los últimos 50 años, nace desde la tragedia de la segunda guerra mundial, también si su historia y sus pródromos son más antiguos. En efecto, el comienzo de la historia del movimiento puede ser ubicado en la Francia de la primera mitad del siglo XIX. En honor de la verdad, también si las ideas centrales de lo que será el movimiento de la democracia cristiana o de sus homólogos se debaten principalmente entre Francia, Alemania e Italia, contribuciones importantes han venido, entre otros, de Holanda con Groen van Prinsterer y Abraham Kuyper, de Belgica con Louis de Potter, en Suiza con el obispo Gaspard Mermillod, en Austria con Karl von Vogelsang, en Gran Bretaña con el cardinal Timothy Manning y en los Estados Unidos con el cardinal James Gibbons.

Entre los precursores más importantes del movimiento cristiano de finales del siglo XVIII hasta llegar al siglo XX, Francia incluye los nombres de Hugues-Félicité-Robert de la Mennais –llamado más sencillamente Lamennais-, Dominique Lacordaire, Frédéric Ozanam, Fedric Marc Sagnier, hasta el representativo Robert Schuman, del Movimiento Republicano Popular (MRP). Igualmente en Alemania se recuerda el excelente trabajo del obispo Wilhelm von Ketteler que continúa hasta el estadista Konrad Adenauer; en Italia destacan principalmente, los nombres de Giuseppe Toniolo, Romolo Murri, Luigi Sturzo hasta Alcide De Gasperi.

En el siglo XVIII tuvieron lugar dos fundamentales revoluciones políticas y una socio-económica: la americana y la francesa por un lado y la revolución industrial por el otro. Si las primeras pusieron la atención sobre las libertades políticas, sobre la igualdad, la justicia y la autodeterminación de los pueblos, la segunda proclamaba la primacía de la ciencia transformadora y del progreso tecnológico como franqueamiento del hombre frente a la tiranía de la naturaleza y de las necesidades humanas. Pero al mismo tiempo, mientras algunos países se modernizaban y acumulaban grandes capitales y la idea de progreso circulaba con todo su optimismo seduciendo hasta los gobiernos nacionales, crecía con el mismo paso la “cuestión social”.

A causa de la expansión de un capitalismo sin regulación por parte del Estado y sin un autocontrol moral por parte de los grandes capitanes de fábricas, se engendra una nueva clase llamada *proletariado* (definida por Karl

Marx) o clase obrera que vende su fuerza de trabajo, la cual se une al *lumpemproletariado* o sector mísero de la sociedad (no incorporada al mundo del trabajo); se constituye un inframundo social que no recibe ninguna atención por parte del Estado ni de la sociedad política. Las luces de la modernidad no brillaban para todos de la misma manera. La multitud no veía mejora a sus condiciones de vida con respecto a la pobreza que habían dejado en los latifundios medievales.

Si los Estados no estaban preparados a los cambios, tampoco la Iglesia romana estaba preparada a confrontarse con los nuevos fermentos culturales y sociales que atormentaban al mundo. Todavía, más que preocuparse de instaurar un dialogo abierto con las nuevas instancias que venían de la sociedad, ella toma una actitud de cierre defensivo e intransigente, sintiéndose al mismo tiempo amenazada, en su gestión de privilegios que en los siglos había adquirido y consolidado, por las ideas de progresos y por la cuestión obrera. Los fieles católicos, por sus lados, estaban divididos entre actuar una intervención en favor de los míseros y de la cuestión obrera o mantener una actitud de indiferencia para confirmar su fidelidad a la Iglesia. Ellos decidieron no quedarse inactivos en razón de su fe solidaria y misionera. Aceptaron el reto de la confrontación teórica y de la acción política, comenzando acertadamente desde el rescate y la reelaboración en clave política de los principios de solidaridad, igualdad, libertad, justicia declarados por las revoluciones, reafirmando sus presencias en toda la tradición cristiana y en las Escrituras.

El prior Lamennais, padre ideológico del movimiento democrático cristiano, considerando el cristianismo como el referente más alto de los valores y de la espiritualidad humana, no aceptaba una descristianización de la sociedad civil, por lo tanto fue locutor de una convivencia entre el Estado democrático y el cristianismo. Él, en efecto, intentó conciliar algunas visiones y conceptos del socialismo emergente y del liberalismo con la doctrina cristiana, poniendo así las bases que llevaron consecuentemente al desarrollo de la idea política democrática-cristiana.

En 1830 Lamennais, junto Jean-Baptiste Henri Lacordaire y a Charles René Forbes de Montalembert, fundó el periódico *L'Avenir*, que se puso en el medio de la lucha ideológica que comenzaba, defendiendo por un lado los valores tradicionales del cristianismo y de la Iglesia, mientras lanzaba el desafío al mundo de la jerarquía eclesiástica, inmóvil y exclusivamente preocupada de gestionar su sobrevivencia en frente de los acontecimientos sociales que atormentaban al continente europeo, diseminado por movi-

mientos revolucionarios. Los católicos progresistas saludaron con entusiasmo la revolución burguesa de 1830, que intentaba afirmar la idea de libertad, de los derechos y consideraban que la Iglesia, como vicaria de Cristo en la tierra y portadora del mensaje evangélico, hubiese tenido que promover espontáneamente las ideas democráticas y de justicia social.

En las páginas de *L'Avenir* se sintetizaban las ideas del grupo intelectual católico de esta manera:

“Nosotros pedimos en primer lugar la libertad de conciencia, o sea la libertad de religión plena, sin distinciones así como sin privilegios; (...) la total distinción de la iglesia del Estado (...). Esta separación necesaria, sin la cual no existiría para los católicos ninguna libertad religiosa, implica por un lado, la abolición del balance eclesiástico (...); por el otro, la independencia absoluta del clero en el orden espiritual (...). Como hoy no puede estar nada de religioso en la política, así en la religión no debe estar nada de político (...). Además, nosotros pedimos la libertad de enseñanza, porque ésta es un derecho natural y es, para así decir, la primera libertad de la familia; porque sin ésta no existe ni libertad de opinión (...).”⁷

En efecto, el prior se hizo portador de instancias como la libertad de imprenta, de religión, de reunión, de instrucción, de organización sindical, del sufragio universal, de la descentralización administrativa, conceptos que trazaron la vía al futuro catolicismo liberal en oposición al catolicismo intransigente. Él auspiciaba que la Iglesia se pondría de parte de los pobres y no de parte de los poderosos y de los monarcas; que la distinción entre las funciones del Estado y de la Iglesia fuese clara y que los católicos se reunieran en un movimiento que los representara.

A las propuestas y a las esperanzas del grupo reformista francés, el papa Gregorio XVI respondió con la encíclica *Mirari vos* (1832), en la cual la Iglesia oficial borró las ideas de Lamennais. El papa se expresó contra la libertad de religión, de imprenta, negando la distinción entre Estado e Iglesia –distinción muy defendida por este teólogo francés-, mientras que los progresistas, en acto de obediencia, luego de un año de la fundación del periódico, fueron obligados a cerrarlo.

7 De: *L'Avenir*, 7 diciembre 1830.

Lacordaire continuó la obra de renovación de Lamennais fundando el periódico *L'Ere Nouvelle*, similar a *L'avenir*, mientras su amigo y compañero de batallas ideales, desilusionado por la acogida que la jerarquía eclesiástica había reservado a sus ideas liberales y humanistas, se divorcia definitivamente de la Iglesia romana con su obra "Palabras de un creyente" (1834), en la cual llega hasta la descalificación del Pontífice, para desplazarse hacia posiciones democráticas socialistas.

Otro profeta de su tiempo muy sensible al desarrollo social descontrolado que imponía la industrialización de aquel periodo y que acompañó a Lacordaire en la fundación de *L'Ere Nouvelle*, fue Frédéric Ozanam. Desde Lyon, importante ciudad industrial de Francia del siglo XIX, donde ejercía su actividad de docente universitario, su voz es muy activa y fuerte en apoyo a los derechos fundamentales de la persona humana; los cuales en concreto para Ozanam significa entre otros, los derechos de los obreros, el reconocimiento de la propiedad privada, la instrucción y la asistencia pública a los indigentes. Además, el pensador ya denuncia la presencia en la contienda política y social, de aquel odio de clase estigmatizado poco tiempo después por el marxismo; un "odio inconciliable", de clase, en frente del cual según él un cristiano no puede callarse. Todo su esfuerzo como creyente en ámbito político estará dedicado a la reflexión sobre las posibilidades de reconciliar las clases sociales, por medio de los principios propuesto por el Evangelio. En un intercambio epistolar, escribe:

"La cuestión que divide los hombres de nuestros tiempos no es más una cuestión de forma política, es una cuestión social: se trata de saber quien vencerá, si el espíritu de egoísmo o el espíritu de sacrificio; si la sociedad no será otra cosa que la explotación en provecho de los más poderosos o una consagración de cada uno al servicio de todos. (...) Entre estas dos armadas enemigas debemos ponernos, si no por impedir, por lo menos para atenuar el choque. Nuestra joven edad (...) nos hacen más fácil esta tarea de mediadores que nos está impuesto como obligación de nuestro título de cristianos".⁸

8 A Louis Janmot, Lyon, 13 noviembre 1836.

Y, en 1848 en la Asamblea General, insistirá sobre la importancia de una identificación más profunda por parte de los actores políticos sociales con los problemas de los pobres, dando también un estímulo a la investigación científica en el campo social, haciendo una llamada fuerte e a la sensibilidad respecto al dolor de los demás.

“Ciertamente nosotros debemos tentar de llegar a la raíz del mal y buscar, por medio de sabias formas sociales, de reducir la miseria difundida. Pero nosotros estamos convencidos que el conocimiento de las reformas deba ser aprendida no tanto reflexionando sobre los libros o discutiendo entre los políticos, sino yendo a visitar los desvanes en los cuales viven los pobres, poniéndose al cabezal del moribundo, sintiendo el frío que ellos sienten y aprendiendo de sus labios la causa de sus dolores. Cuando nosotros hubiésemos hecho esto no solo por pocos meses, sino por años, cuando nosotros hubiésemos estudiado los pobres en sus casas, en las escuelas y en los hospitales (...), entonces nosotros comenzaríamos a comprender un poco el difícil problema de la pobreza. Entonces tendremos el derecho de proponer reformas que, en lugar de generar terror en la sociedad, lleven paz y esperanza a todos”.⁹

Además, recordamos que Ozanam está fuertemente caracterizado por su interés en investigar la relación que existía entre el concepto de democracia y cristianismo con la finalidad de poner la base para un mayor acercamiento la parte católica más ortodoxa y por lo tanto miedosa hacia los principios democráticos visto como desestabilizadores (ya había pasado con la Revolución francesa) y los principios teóricos de una democracia aun no realizada. Esto lo conlleva a afirmar que: “He creído y creo aun en la posibilidad de la Democracia Cristiana”, entendida como valores de igualdad y respeto, fraternidad y bien común.

El año 1848 signa una etapa importante en el escenario político, cultural y social. Se publican en Londres casi contemporáneamente, *El Manifiesto del Partido Comunista* escrito por Karl Marx y Friedrich Engels y los *Principios de economía política* de Stuart Mill, que contribuyen a precisar,

9 A la Asamblea General, Paris, 14 diciembre 1848 – Bulletin de la Société de S. V. de P. vol. I, p. 147.

a formalizar y a radicalizar el debate político en torno a ideas presentes en las obras citadas de modo más definido y estructurado. Este también fue el periodo en el cual, como reacción a la profundización de la lucha entre las ideas política, surgieron los primeros partidos cristianos con más claras y definidas ideas teóricas y programáticas. Es necesario, sin embargo, esperar el fin del siglo XIX para asistir a la toma de conciencia y a la consecuente apertura de la Iglesia romana a las instancias que llegaban del mundo del trabajo y, más en general, de la sociedad.

Al respecto, el pontificado de León XIII (1878-1903) marca una etapa importante en la evolución del interés católico en la sociedad. Con la encíclica *Rerum novarum* (1891) por fin la iglesia abre las puertas a la “nueva humanidad sufriente”. Con este documento declara al mundo su posición, poniéndose resolutivamente de parte de los pobres que surgieron del trabajo industrial (proletariado), reconociendo y tomando posición pública en favor de la “causa obrera”. En términos de propuesta política, se distanció muy claramente, bien de las instancias liberales o de las soluciones ofrecidas por los socialistas o por los comunistas; contribuyendo de tal manera a impulsar los movimientos católicos en toda Europa y a liberar las energías intelectuales, así como el activismo de estos grupos. Como doctrina política representó una conciliación entre las dos ideas dominantes de ese tiempo, al generar una vía alternativa original de carácter, personalidad, contenidos y principios propios.

Se debe también recordar que la apertura de León XIII a las cuestiones sociales y políticas a través de sus encíclicas y de las enérgicas posiciones tomadas en favor de la justicia social, sobre el papel del Estado en materia de salvaguarda de los derechos, del bien común, del reconocimiento de las necesidades de las asociaciones obreras cristianas y de los sindicatos de categoría, no fue recibida unánimemente por todo el mundo católico. Además, en varias ocasiones, principalmente por los tradicionalistas, fue considerada como un manifiesto revolucionario. En Francia algunos años después, con el empuje de la *Rerum Novarum*, Marc Sangnier publicó la revista *Le Sillon* (1897), la cual retomaba el pensamiento de Lamennais, y comenzaba a ejercer una gran influencia sobre los jóvenes católicos, contribuyendo a expandir el ideal del compromiso social-cristiano, hasta dirigir todas las ideas en la entidad concreta de un partido, el Parti Démocrate Populaire (PDP), el cual se concretó en 1924, algunos años después de la Gran guerra. Seguidamente el PDP, fortificado por el consenso que comenzaba a generar en la misma Francia (todavía modesto: al comienzo de la segunda guerra repre-

sentaba solamente el 2,6%), en los años treinta dio mucho sostén a los esfuerzos de paz con relación a la situación de Alemania, hasta posicionarse abiertamente contra el nazismo y jugar un rol importante durante el periodo de resistencia al nazi-fascismo. El empeño activo y constante durante todo el conflicto mundial y contando con el consenso engendrado entre los jóvenes católicos, le proporcionó el crecimiento de seguidores, aumentando al mismo tiempo diferencias internas que se concretan en el nacimiento, al final de la segunda guerra mundial, de un nuevo y más poderoso partido de los católicos: el *Mouvement Républicain Populaire* (MRP), en 1944¹⁰, en el cual se destaca como uno de sus líderes fundadores Robert Schuman, propulsor de la Comunidad Europea junto a los líderes demócrata cristianos Alcide De Gasperi (Italia) y Konrad Adenauer (Alemania).

2. En 1870 en Alemania se creó una formación política cristiana llamada *Deutsche Zentrumspartei* (Partido Alemán de Centro), el cual junto a la actividad de voluntariado y beneficencia, unía las reivindicaciones para la mejora de las condiciones de la nueva clase proletaria. Este partido logró una fuerte notoriedad por el coraje demostrado en oponerse a la política inflexible del Canciller Otto von Bismarck. El *Deutsche Zentrumspartei*, por su posición centralista en el panorama político, tuvo una gran importancia en distintos momentos de la historia alemana del final del ochocientos y la primera mitad del novecientos. En efecto, muy fuerte en la región de Babaria, fue determinante el desarrollo de la política social en un Estado unitario federal dominado significativamente por el protestantismo, en el cual los católicos no podían obtener encargos en la administración pública.

No fue fácil oponerse a la política del “Canciller de hierro”, como era denominado Bismarck, el cual había ganado la guerra contra la Francia de Napoleón III y había extendido y unido a Alemania en un Estado federal (1866-1871), y quien además adversaba fuertemente a los católicos, los cuales según él, amenazaban la unidad del joven Estado alemán con sus relaciones en constante dependencia de Roma. Los católicos, demostrando lealtad a la Santa Sede, la cual era considerada por el Canciller una potencia extranjera, iban a constituir una transversalidad peligrosa en el país, por el hecho de crear un “Estado dentro de otro Estado”.

10 Arbol N., *I democristiani nel mondo*, Ed. Paoline, Mi, 1990, pp. 79-80.

Para contrastar esta posibilidad, Otto von Bismarck dio vida al *Kulturkampf*¹¹ -combate cultural-, para materializar el conflicto legislativo del gobierno alemán contra la Iglesia católica y el Zentrum. El Kulturkampf también se convirtió en una política de impacto contra todas aquellas fuerzas sociales como asociaciones, partidos y movimientos, ubicados sobre todo en áreas de recién anexión al segundo reich Alemán como era Polonia, Alsacia y Lorena, de mayoría católica.

Enemiga principal era considerada la denominada *Ecclesia militans*, y como principal objetivo de ataque se tienen las organizaciones políticas católicas, las cuales para defenderse, se compactaron constituyéndose en un “frente único nacional” contra las graves leyes estimuladas por el Kulturkampf. Como ejemplo se recuerda la ley que desligó el departamento católico del Ministerio de la Cultura (ley de Junio de 1871), a la cual hizo seguimiento la famosa ley pasada a la historia como *Kanzelparagraph* (Artículo sobre el Púlpito) que llevó a la detención de casi todos los obispos católicos de Prusia. La ley de 11 de Marzo de 1872 establecía el control del Estado sobre el entero sistema escolar, prohibiendo la docencia a los sacerdotes. Otra ley imperial del 4 de Julio de 1872, expulsó a los Jesuitas del territorio alemán, y por medio de otros decretos puso el control sobre las asociaciones conectadas con la Iglesia romana.

Tales normas sancionatorias tuvieron como efecto que el mismo Estado prusiano como acto consecuencial de todas las acciones emprendidas, rompiese en 1872 las relaciones diplomáticas con el naciente Estado Vaticano (1870). Después del 1876 el choque con la Santa Sede comenzó a matizarse y mejoró sobre todo con el advenio al solio pontificio de papa León XIII, quien puso entre los primeros objetivos de su pontificado, la paz religiosa con Alemania. Precisamente la carta de duelo del papa enviada a la Cancillería alemana por los atentados recibidos por el Káiser en mayo y junio de 1878, fueron bien acogidos a corte y contribuyeron a restaurar un clima de distensión entre Alemania y Vaticano.

11 El termino **Kulturkampf** –que en sentido amplio indica “un choque entre civilizaciones”– fue usado por Rudolf Virchow, del partido liberal alemán y adversario de Bismarck, para indicar el choque cultural muy duro que se había instaurado en aquel periodo entre Estado alemán e Iglesia católica.

El Deutsche Zentrumspartei tomó inspiración de las homilias del obispo de Magonza, Wilhelm von Ketteler, quien ya años antes del inicio del Kulturkampf, dio vida a una confrontación verbal muy polémica y tenaz contra la burguesía capitalista alemana, llegando, en su libro *La cuestión obrera y el Cristianismo* (1864), a defender la función social de la propiedad contra la clase individualista liberal, en la legitimidad de la propiedad, en cuanto perteneciente al derecho natural y poseedor de una valencia positiva si se interpreta según la caridad cristiana. Al mismo tiempo, el obispo Ketteler se preocupó incluso de elaborar una respuesta teológica y filosófica al proyecto socialista respecto a la propuesta de abolición de la propiedad privada y la dictadura del proletariado. En aquel periodo, el marxismo había logrado una cierta madurez: en 1867 se publicó el primer libro del *Capital*. El obispo de Magonza retomó a santo Tomás de Aquino para responder filosóficamente a las nuevas exigencias, recuperando del pensamiento tomista la idea de que solamente a Dios le espera el *principale dominium*, el único verdaderamente absoluto, que obligaba a los poseedores de bienes y al mismo “derecho de propiedad” de poner las propias riquezas al servicio de los pobres y de los necesitados. Para Ketteler la propiedad así como la autoridad temporal tienen sus raíces en Dios y, por lo tanto, cooperan por el bien común. De aquí la originalidad y realismo del obispo, quien estimula los católicos a la acción y a no pararse antes sencillos reclamos a la caridad y a la confianza en la providencia divina.

Bajo el impulso de Ketteler, el partido Zentrum, acogiendo también una parte de activistas protestantes, obtuvo en las elecciones de 1871, de manera contundente, 57 parlamentarios en el Reichstag. Orgulloso de este logro y decidido a no dejarse dominar del régimen prusiano, el partido continuó creciendo hasta lograr la mayoría relativa en el parlamento, lo que mantuvo hasta 1914.

La derrota de la primera guerra mundial llevó Alemania a la constitución de la República de Weimar (1919-1933), a la cual el Zentrum aliado con los socialdemócratas y con los liberales conservadores, participó activamente aportando importantes reformas, entre otras, en el frente del trabajo y de la previdencia social. La República, aunque muy atacada por los comunistas y los nacionalsocialistas (o nazistas), resistió hasta la llegada de la Gran Depresión (1929) que puso en graves dificultades económicas a Alemania, facilitando a los nazis ponerse más en evidencia. Esto se sostuvo hasta cuando, en medio de episodios, el Zentrum, confiando en las prome-

sas de garantías políticas formuladas por Adolf Hitler, el jefe del nazismo, al cual fatalmente apoyó votando a su favor en el acto de investidura (marzo 1933). Pocos días después de las elecciones Hitler, promulgó leyes restrictivas de las libertades, medidas legales conocidas como *Gleichschaltung* – uniformización, sincronización– a las ideas del partido nazi, luego de las elecciones del 1933. Entre las medidas, se recuerda, estaban aquellas pertenecientes a la declaración de ilegalidad por parte de todos los partidos políticos, menos lo hitleriano. Desde este momento el huracán nazi derrotó todos los partidos incluso el *Zentrumspartei*¹².

El Partido del Zentrum fue reconstruido en 1945 y corresponde al actual CDU –Union Demócrata Cristiana– sobre una base más moderna y más amplia que engloba hasta las confesiones religiosas protestantes, que durante un tiempo fueron excluidas.

Conclusión

La historia de la Democracia Cristiana es, como se ha visto, extensa y fundada en una amplia retrospectiva cultural, filosófica y teológica que se inicia en Francia y Alemania. Sobre todo en el siglo XIX, al advertirse en Europa una fuerte necesidad por parte del mundo católico intelectual de organizar un movimiento político interclasista para la acción, se asumen ideas novedosas respecto a las posiciones extremas del socialismo radical y del liberalismo económico vigentes.

Radica aquí la originalidad de la doctrina demócrata cristiana, representada para lograr una integración profunda entre la espiritualidad e idealidad de sus fundadores, con la acción concreta de su movimiento político en diferentes realidades sociales, económicas y culturales, constituyendo una alternativa de trascendencia cultural en muchos países, afirmándose en otras fronteras más allá de Europa.

12 Arbol N., *ob. cit.*, pp. 97-99.